



18

Discurso pronunciado por el Excelentísimo Señor Don Emilio HERRERA, Presidente del Gobierno de la República Española, el día 4 de Enero de 1962, en el cementerio de Saint-Germain-en-Laye, con motivo del sepelio de Su Excelencia Don Diego MARTINEZ BARRIO, Presidente de la República Española en el Destierro.

Señores Embajadores, señores Presidentes. españoles y amigos de España :

La fatalidad acaba de herirnos con la más terrible de las desgracias que venimos sufriendo desde que vivimos en el exilio. En estos 22 años pasados fuera de nuestra patria, raro ha sido el día en que no hemos recibido una mala noticia, un ataque injusto, un contratiempo de cualquier clase; unos producidos por el enemigo, cosa natural en el estado de guerra en que nos encontramos, otros originados por la duras condiciones que impone todo exilio, pero otros debidos puramente a una implacable adversidad que parece perseguirnos.

¿ Castigo de la Providencia ? ¡ No ! ¡ De ninguna manera ! En este maravilloso universo, necesariamente tiene que reinar una justicia perfecta y nosotros, aunque individualmente tengamos grandes defectos y cometido graves faltas, colectivamente tenemos la conciencia totalmente tranquila y nos sentimos orgullosos de dar al mundo un ejemplo de lealtad, de altruismo y de fidelidad a los ideales fundamentales de la fraternidad humana.

No, no merecemos ningún castigo. Los golpes que sin cesar recibimos de la fatalidad no pueden ser una sanción a nuestra conducta, tienen que ser pruebas a que nos somete para medir el temple de nuestras almas, para comprobar si ante lo áspero que se nos hace el camino de nuestro deber, nuestra entereza se debilita y llegamos a desviarnos de él.

Es, pues, necesario que demostremos que nada ni nadie nos podrá apartar de nuestro deber, que el temple de nuestras almas es inflexible, que cada golpe de la fatalidad o de nuestros enemigos multiplica nuestras energías en vez de debilitarlas. Esta debe ser nuestra conducta constante, pero hoy mucho más que nunca, en que esta gran desgracia amenaza con abatirnos.

Inesperadamente, en pocos minutos, desaparece el hombre que, desde un modestísimo origen, por sus propios méritos, logró alcanzar la más alta investidura del Estado español, venciendo todas las dificultades que se le presentaron en su azorosa vida, siempre en unión con el pueblo, y que, fuera ya de su Patria, era nuestro guía y el símbolo en que se encarnaba la legalidad y la justicia atropelladas.

El golpe que hemos sufrido ha sido extremadamente rudo, por lo que también nuestra reacción para soportarlo ha de ser igualmente ruda. Hemos de acumular todas nuestras energías y toda nuestra decisión para hacer frente a la situación que se nos ha creado en estos momentos.

Ante este sagrado y querido cadaver os pido a todos que juremos, como yo lo hago, el no descansar en todo lo que nos quede de vida en nuestra lucha, hasta ver a España liberada.

Tres son los principales deberes que se nos presentan ante esta desaparición y que hemos de cumplir por nuestro juramento. Primero, nuestro deber con el insigne desaparecido, permaneciendo fieles a su memoria y honrándola para que ocupe el puesto que merece en la historia de nuestra Patria, y, desde este momento, dirigir nuestra mirada y nuestros brazos a aquella noble y santa mujer, su esposa, hermana y compañera de toda su vida, martir partícipe de todos sus sufrimientos de dentro y fuera de España, que hoy se encuentra sumida en las más profunda amargura que sólo puede soportar por su acendrada fe cristiana. Se queda sola en el mundo, por lo que cada uno de nosotros debe considerarse como un hermano de ella, dedicándole todo su cariño, su protección y su consuelo.

Tenemos también nuestro deber hacia nuestra Patria, difícilísimo más que nunca en estos momentos a causa de la situación complicada, inesperada e imprevista originada por la desaparición súbita del Jefe del Estado en las condiciones anormales en que nos encontramos. Este deber nos obliga ahora más que nunca a abandonar todo aquello que nos separa a unos de otros en un arranque patriótico común y a unirnos hasta vencer esta difícil y peligrosa situación.

Por último, tenemos un sagrado deber para con nosotros mismos, forzándonos a adquirir una firme esperanza de nuestra victoria, creando gran confianza en nosotros mismos, desechando como maldita la frase : « No hay nada que hacer ». Por el contrario, ahora es cuando hay que hacerlo todo.

Casi todo los que me escuchan habrán recibido una postal mía de felicitación de Pascuas y Año Nuevo, encabezada por estas dos palabras latinas : « ESTO VIR », lema del R. P. Lacordaire. Pues bien, estas palabras son las que todos debemos repetirnos, en estas tristísimas circunstancias, unos a otros, todos los españoles :

¡ ESTO VIR ! ¡ SED HOMBRES !

800806